

Reportaje

El Dios de Camilo

Mons. Bruno Forte - (De una homilía predicada en el pueblo donde nació San Camilo)

El Dios que lo ha vencido no es una divinidad abstracta y tremenda, sino es **el Dios cercano**, del que nos habla Paolo en la carta a los Colosenses (1,15-20): “Él es la Imagen del Dios invisible, el Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas... Él existe antes que todas las cosas y todo subsiste en él. Él es también la Cabeza del Cuerpo, es decir, de la Iglesia. Él es el Principio, el Primero que resucitó de entre los muertos... Por él quiso reconciliar consigo todo lo que existe en la tierra y en el cielo, restableciendo la paz por la sangre de su cruz”.

¡Es el Dios que se ha revelado a nosotros en Jesucristo, redimidos por su muerte!

Camilo es conquistado por una **infinita ternura por el Crucifijo** y aprende a reconocer Su rostro en el de los que sufren y de los enfermos. El otro nunca más será un enemigo que hay que combatir, sino una persona que hay que amar.

Camilo pone al centro de su vida en empeño de servir la dignidad de toda persona humana, hermano o hermana, por la cual Cristo ha muerto. De este modo Camilo no es sólo uno de los grandes “*inventores*” en el campo de la salud en sentido moderno, sino que invita a cada discípulo de Jesús a poner atención y amor hacia aquél que es débil y enfermo. Camilo vive así en sí mismo la palabra que nos anuncia el Evangelio (Lucas 10, 25-37), la unidad de los dos amores, de Dios y del prójimo: “*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo*”.

Camilo llega a ser el buen Samaritano, porque ha aprendido de Jesús a hacerse prójimo, es decir a mirar con los ojos abiertos el dolor del otro y a ponerse en juego para aliviarlo y sanarlo con amor. Es la misión que vivirá por el resto de su vida y que dejará como tarea y don a los que quieren seguirlo.

Movidos por el ejemplo de San Camilo y sostenidos por su ayuda, pidamos también nosotros a Dios la conversión del corazón y **un gran amor por Cristo crucificado**, que sea **fuerza de ternura y de servicio** hacia toda persona, especialmente si está enferma de cuerpo o de corazón.

Lo hacemos con las mismas palabras del Santo: *Señor, quisiera tener infinitos corazones para amarte a Ti infinitamente... Que Tu gracia me dé un afecto maternal hacia mi prójimo, de modo que yo pueda servirlo con toda caridad tanto del alma, como del cuerpo... con aquel cariño, que tiene una madre amorosa hacia su hijo único enfermo. ... Por el amor con el cual enviaste a Tu Hijo al mundo a morir por nosotros, haz que mi corazón siempre encendido del fuego de este amor, sin que jamás se apague, para que yo pueda perseverar en esta santa obra, y perseverando llegar a la gloria del cielo por poder con tus elegidos gozarte y **alabarte por la eternidad**. Amen.*